

PERU: ilusión o esperanza *

En un volumen de menos de 200 páginas con 15 capítulos y una buena bibliografía al final, Monteforte Toledo acomete la difícil tarea de reseñar un fenómeno que por lo menos en América Latina no tiene parangón: la toma del poder por el ejército regular y una actuación de éste totalmente opuesta —hasta el momento— a la de sus similares en Brasil, Chile, Uruguay, Bolivia, Paraguay y otros, significando «otros» casi todos los países latinoamericanos, con muy raras y honrosas excepciones, cuyas políticas tampoco son dignas de consideración cuando se dirigen a resolver la problemática de las grandes masas.

Perú suple a Chile en ese diario nacer y morir de la esperanza en el drama trágico de la América hispánica y mientras en el segundo el apoyo de un vasto movimiento de masas clarificaba el camino a seguir para los grandes estadistas y dirigentes que lo encabezaban, en el primero la transformación la efectúan quienes detentan el poder físico que otorgan las armas y que no son producto ni por el nacimiento, ni por las ideas, ni por la acción, de esos grandes núcleos desvalidos y miserables que constituyen la población mayoritaria de las naciones del Río Bravo hasta Tierra del Fuego.

Precisamente esta duda permea el trabajo de Monteforte Toledo a todo lo largo del mismo. ¿Es posible que sin la participación de obreros y campesinos se lleve a cabo un cambio de estructuras hasta alcanzar el socialismo? Y se considera que el autor, a fuer de investigador objetivo, lo conmueven los logros alcanzados y que proyectan la esperanza en que de alguna forma se rompan los moldes tradicionales de acción, que de arriba o de abajo, del sur o del norte advenzan los que destruyan la opresión y la mentira, el dolor y la miseria, sin importar quiénes son, de dónde vienen y por qué desaparecen.

Los buenos deseos de Monteforte Toledo —que son también los míos— no resisten el análisis frío a que él mismo somete la cuestión peruana. La respuesta a la interrogación hecha antes es que las fuerzas armadas por sí y para sí, sin la intervención de las grandes masas de la población de ese país, no pueden barrer con todas las estructuras caducas, eliminar la propiedad privada y sus consecuencias hasta llegar al socialismo. Tal vez más que por la imaginación sociológica cuyo reto respetamos, la formación de una esperanza racional tiende a fortalecerse con las propias ilusiones de una vida mejor. Pero la

* Mario Monteforte Toledo, LA SOLUCIÓN MILITAR A LA PERUANA (1968-1970). Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1973, 1a. ed., 188 pp.

realidad es inexorable. Sin este reotipias que proyectan rigidez podría aceptarse que “*ya no importa quién acometa los cambios necesarios en los países dependientes: tampoco importa catalogar a los movimientos promotores de esos cambios por sus similitudes con otros movimientos históricos o por sus peculiaridades. Hay que acercarse a esos regímenes con objetividad y reconocerlos por sus obras y por los intereses de clase que sirven voluntaria o involuntariamente*”; sin embargo y a pesar de todo, tiene que reconocerse que el proceso lógico de la realidad peruana tendrá que detenerse en un punto dado, más cerca o más lejos del cambio estructural total, salvo que los directamente beneficiados con estas transformaciones —obreros, campesinos, intelectuales revolucionarios, las clases medias-lumpen— intervengan en la conducción, en un traslado de estafeta que de momento no puede preverse.

Después de un capítulo histórico que se refiere principalmente al gobierno de Belaúnde Therry, que por cierto fue «ayudado» por una Junta Militar a llegar al poder, la que además cooperó con el mismo por medio de una vasta campaña represiva contra las izquierdas, otra Junta, el 3 de octubre de 1968, tomó el poder, expulsando al Presidente que había prácticamente impuesto, y en un manifiesto señaló lo siguiente: «La acción del gobierno revolucionario se inspirará en la necesidad de transformar la es-

tructura del Estado, en forma tal que permita una eficiente acción de gobierno; transformar las estructuras sociales, económicas y culturales; mantener una definida actitud nacionalista, una clara posición independiente y la defensa firme de la soberanía y dignidad nacionales; restablecer plenamente el principio de autoridad, el respeto y la observancia de la ley, el predominio de la justicia y de la moralidad en todos los campos de la actividad nacional»; pero las Fuerzas Armadas del Perú también señalaron con toda claridad que han tomado el poder para ejercerlo todo el tiempo que sea necesario, haciendo a un lado la *sui generis* democracia latinoamericana; que es antimperialista pero que acepta aquellas inversiones extranjeras «que se sujeten a las leyes e intereses nacionales», que se apega a «los principios de nuestra tradición occidental y cristiana», que no es ni capitalista ni socialista y que pretende mantener un estado fuerte, de economía mixta, capaz de promover todas las transformaciones.

Al no hablar de “*básicas reformas estructurales*”, de poner coto a la explotación de las mayorías marginadas y de recuperación de las fuentes naturales de riqueza para los nacionales, los militares peruanos se hicieron sospechosos, según señala Monteforte Toledo, ante ciertos sectores de las masas populares y de intelectuales, “*quienes no podían creer que éste fuera un proceso realmente revolucionario*”; sin embargo

“la clave maestra para entender el movimiento peruano —afirma el autor— radica precisamente en los orígenes, la composición socioprofesional y la evolución ideológica del grupo castrense”.

El descalabro militar frente a Chile en 1879 y la falta de capacidad de acción en la guerra de 1941 contra Ecuador, son en la historia peruana el acicate que ha dado lugar a la necesidad de tener un ejército que respondiera a la problemática que en estos terrenos se le presentaban a la nación; cualquiera que fuere el caso, quienes subieron al poder en 1968 constituyen una élite castrense con una educación militar de primera, todos salidos de la Escuela Superior de Guerra y *“excepto dos —el presidente Velasco Alvarado y el general Rodríguez, jefe de la unidad blindada, la más poderosa del ejército— pasaron por el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM).”*

Uno de los aspectos más desconcertantes del grupo militar que gobierna en el Perú —afirma Monteforte— es su capacidad técnica, su nivel de politización y su visión conjunta de la problemática nacional. Lo anterior ha sido atribuido al CAEM que fue fundado hace 20 años con el propósito de elevar el bajo nivel de las fuerzas peruanas en forma absoluta y en relación con los ejércitos modernos que habían actuado en la Segunda Guerra Mundial. Las directrices principales provenían de un militar *“preparado en las escuelas de altos estudios militares de Francia, en*

aquel entonces influidos por teóricos colonialistas como el general Salan”.

Aunque el hecho mismo de la toma del poder —tanto en 1962 como en 1968— no pueda atribuirse en forma exclusiva al CAEM, ni siquiera la resolución final del ejercicio militar exclusivo del poder, es evidente que las enseñanzas tanto teóricas como prácticas y el conocimiento de una realidad que no puede ser soslayada, determinaron el cambio en la mentalidad de los militares profesionales, *“y su convicción de que hay que superar las viejas estructuras que nutren la desigualdad y la marginalidad”.* A lo cual habría que agregar que el contacto con técnicos de diferentes especialidades, generó en los altos jefes militares el respeto por la capacidad profesional y el deseo de recurrir a quienes saben y de no improvisar, mal endémico de políticos y dirigentes en América Latina.

Las contradicciones señaladas con toda claridad por Mario Monteforte en su libro, presentan una similitud impresionante con el LENGUAJE DESARROLLISTA que se escucha en la mayoría de los países latinoamericanos, en los que se proclaman las vías «peruanas» o «mexicanas» o de cualquier otra nacionalidad que no son ni capitalistas pero tampoco socialistas, sino que han encontrado un camino original y diferente, en el cual, no obstante, *“se respeta la propiedad privada porque es inherente al derecho humano y por completo distinta*

a la propiedad capitalista, que es fuente de explotación del hombre y de distribución inicua del poder y la riqueza”.

En materia de inversión y de la importancia del sector público, los pronunciamientos son claros y sin ambages: «El sector público y la inversión estatal amplios, además, son indispensables para orientar la economía al servicio de la sociedad en su conjunto y aun para estimular y fortalecer la empresa privada. Pero el Estado no hace competencia a la economía privada sino que se limita a complementarla. Las garantías a la inversión se extienden al capital extranjero y al multinacional, bajo normas estrictas que prohíben sus privilegios y su intromisión en la política del país».

Por lo que respecta a la política de industrialización, entre otras afirmaciones importantes, se elimina la «mera sustitución de importaciones» por considerarla grandemente lesiva a la marcha de la nación, ya que produce enriquecimiento sin límites de los ya muy ricos que constituyen una minoría privilegiada y la ampliación «de la brecha socioeconómica que la separa de la mayoría a su servicio».

La distribución de la riqueza y del ingreso, se logrará «a través de la reforma integral y profunda de las cooperativas, en lo agrario, y del régimen de comunidad en todos los demás sectores de la producción además del sistema tributario»; y como coadyuvantes de lo anterior, el régi-

men de propiedad, que constituye la característica fundamental del sistema socioeconómico peruano: «la tierra en propiedad de los campesinos, las empresas agroindustriales en propiedad y bajo control de los trabajadores, y el régimen de comunidad de las demás empresas, o sea la distribución en partes iguales de su propiedad, su control y sus beneficios entre el capital y el trabajo».

La cuestión del nacionalismo y la expropiación de la IPC ha merecido la afirmación de la Junta Militar, de que la producción de petróleo bajo control foráneo no pasará a manos del gobierno por vía de la expropiación o de la compra, pues como señala Monteforte Toledo, la expansión de varias empresas y el contrato firmado con un consorcio norteamericano en 1971 (para la explotación de los yacimientos de Cuajone) elevan el capital, que en esta rama dominan inversionistas externos, a un porcentaje mayor del que tenían antes de que se estatizara la IPC (International Petroleum Co., subsidiaria de la Standard Oil) en octubre de 1968. *“El gobierno militar ha reiterado —y de la manera más enfática— que la expropiación de la IPC reviste carácter excepcional”.* Dentro de este contexto debe considerarse también las concesiones a intereses foráneos para la explotación de las minas de cobre.

Con respecto a la importantísima reforma agraria en Perú, de la que por cierto existe un exce-

lente trabajo de Petras y Laporte, el autor analizado, entre otros muchos apuntamientos, señala lo siguiente: *"debe reconocerse que no faltan motivos [para atacar los logros de la reforma agraria]; unos reales y otros aparentes, para sostener algunas de estas críticas; pero es demasiado temprano para sustentar juicio sobre una reforma que como la agraria, tiene carácter integral y apenas se halla en sus primeras etapas"*. La intención de la Junta Militar era beneficiar a 500 000 familias, entregándoles la tierra, en los primeros 5 años de gobierno. Parece que se está muy lejos de haber logrado esta meta.

Mario Monteforte analiza, además de las políticas mencionadas, el modelo de desarrollo de la Junta Militar, la política minera, la industrial, la bancaria y financiera, la de inversiones y con mayor detenimiento, obviamente, las cuestiones sociales y políticas que dan el ambiente y las condiciones para entender la cuestión peruana: *"A juzgar por sus bases teóricas y por su traxis política, el movimiento de las*

fuerzas armadas es, fundamentalmente, una revolución".

Para terminar estas breves notas de un estudio interesante sobre un problema de gran actualidad, es conveniente reproducir un fragmento del último capítulo que el autor denomina AUTO-DEFINICIÓN DEL GOBIERNO, y que precisa la cuestión central de todo este asunto: *"Otra presunción del gobierno fue confiar en que el movimiento tenía un impulso automático, autogenerado por su dinámica y su buena fe; en cambio, cada día más se ve que sin fuerzas populares organizadas y sin una dialéctica de lucha el movimiento corre peligro de estancarse. Por último, ha costado mucho que los militares aprendan a distinguir a sus amigos de sus enemigos y especialmente, a los que están lealmente con los cambios reformistas o revolucionarios, pero no con sus errores ni sus vacilaciones. En último extremo, el gobierno carece de una política relativa a organizaciones de masas y a estructura institucional de poder"* BENJAMÍN RETCHKIMAN K.